

Marta Rose, Victoria Canales, Clara Oyuela, Yvonne Herbos, Hernán Würth y Fernando Lara; de los violinistas Pedro D'Andurain y Stephan Tertz; de los pia-

nistas Flora Guerra y Rodolfo Lehmann; del guitarrista Luis López; del violoncellista Arnaldo Fuentes, y del flautista Juan Bravo.

El Ballet Nacional Chileno en el Festival Internacional de Ballet en Uruguay

El 20 de marzo, en el Estudio Auditorio del SODRE, el Ballet Nacional Chileno inauguró el Festival Internacional de Ballet, organizado por el SODRE, al que, además del Ballet chileno, concurrió el Ballet del Siglo xx de Maurice Béjard y en el que también participó el Ballet del SODRE.

El primer programa presentado incluyó: *Concertino*, ballet en un acto, con coreografía de Pauline Koner y música de Pergolesi; *Adán y Eva*, dúo coreográfico de Birgit Cullberg, con música de Hilding Rosenberg; *Calaucán*, ballet en tres escenas, de Patricio Bunster, con música de Carlos Chávez, y *La Señorita Julia*, ballet en cuatro cuadros, de Birgit Cullberg, basado en el drama de Strindberg, con música de Ture Rangström, arreglo de Folke Nilsson. Dirigió la Orquesta del SODRE, Víctor Tevah, quien, una vez más, demostró sus excepcionales cualidades de director y coordinador del espectáculo.

Un público entusiasta colmaba el Auditorio, y el Ballet Nacional Chileno fue aplaudido con calor al final del espectáculo.

La crítica de Ballet uruguayo, al referirse a este primer programa, comentó:

"Epoca", 21 de marzo de 1963.

"El miércoles de noche, nadie dejó de aplaudir Calaucán y en el entreacto, todos los asistentes lo discutieron y lo seguirán tomando como tema de conversaciones por unos cuantos días más.

"Es que Calaucán tiene la rara virtud de despertar el compromiso de sus espectadores, puesto que confluyen a él, como elementos integrantes, una serie de factores histórico-sociales-étnicos que lo rodean de un acusado contorno épico, un particular relieve, un especial calor, un sabor americanista que —hasta el día de hoy— ninguna creación coreográfica vista a lo largo de quince años, nos había planteado desde el escenario. Este trabajo de Patricio Bunster impresiona como algo muy sentido, de honestidad ejemplar, con hondas raíces en la raza y en el hombre: nosotros. Bunster ha articulado con lenguaje moderno un equilibrado sentido arquitectónico que se nutre de los movimientos cuyo motor radica en las tensiones y el "relax", fuente generatriz para pasos y actitudes encadenadas con exacta ubicación de niveles y planos; adecuada visión del espacio para la ubicación de grupos, su desplazamiento y su correspondencia en el ámbito de la escena... Son también un acierto las infinitas recurrencias plásticas elaboradas en base a la alfarería prehispánica. Todo el ballet está resuelto con una sostenida y potente vibración, y el trabajo de equipo es sobresaliente por su ajuste, limpieza técnica y expresividad; aunque merezca una mención especial José Uribe (indio-héroe), un rebelde con causa.

"Con esta coreografía, Bunster abre una expectativa; deja caer una semilla, un germen del que quizá —¡oh, la cautela!— pueda surgir un estilo coreográfico con acento, voz, respiración y pulso no so-

lamente contemporáneo, también americano.

"La Señorita Julia es también una hazaña, pero en otro sentido. Su mejor y mayor acierto está relacionado con la agudeza de la coreógrafa Birgit Cullberg para transportar en términos dancísticos una obra dramática con un trazado psicológico en la conducta de los personajes. Es una coreografía armada con criterio y tiene momentos parcialmente inspirados... En resumen: a pesar de tener méritos, la obra no encaja dentro de la modalidad chilena, aunque es justicia reconocer el esfuerzo de todos por adaptarse. Como eclecticismo artístico puede aceptarse; como un cambio de frente propicia la desorientación del público que espera del Ballet Chileno otras contribuciones al arte de la danza... Virginia Roncal fue una destacada Julia que también entendió la materia dramática que tenía entre manos, vertiéndola con los matices necesarios...

"Concertino es nada más o nada menos que uno de los ballets más musicales que recordamos. Impresiona como si su coreografía estuviera fraseada con tersura. El todo es muy vital y comunicativo y centra su interés en el 2º movimiento (un delicado detalle: el de la bailarina despojada de su vestidura cotidiana que deshace su peinado), con un buen gusto general, sensiblemente puesto de relieve por la coreógrafa Pauline Koner".

El crítico de "Época" termina su comentario, calificando a Adán y Eva, de Birgit Cullberg, como: "un episodio bíblico muestra del humor balletístico sueco".

"El Día", 22 de marzo de 1963.

Susana Olimpo, crítico de "El Día", concuerda, en líneas generales, con las opiniones del crítico antes citado y destaca como el momento culminante del es-

pectáculo, la presentación de Calaucañ, ballet que califica como:

"Verdadera obra de arte, constituye una magnífica concepción coreográfica, de gran riqueza y vigor de movimientos, donde la música y la danza se funden en una sola unidad armónica y plástica, para plasmar un poema épico de singular proyección y profunda fuerza telúrica... Patricio Bunster se ha consagrado como un genial creador".

"El Popular",
25 de marzo de 1963.

"El ballet chileno, ya conocido y admirado por nuestro público en otras temporadas, volvió a presentarse con algunos estrenos y otras reposiciones, demostrando en todo momento la calidad extraordinaria del conjunto, la depuración técnica y artística a que han llegado, gracias a una dirección inteligente que ha sabido encauzar a ese cuerpo, elevándolo a una categoría internacional. Esta temporada tuvo también la virtud de ponernos nuevamente en contacto con la batuta de Victor Tevah, que volvió a demostrarnos su maestría directriz.

"En el Concertino, de Pergolesi, con que se inició el primer espectáculo, la orquesta sonó como pocas veces suele hacerlo desde el foso. Puede decirse que no fue una versión de acompañamiento de ballet de manera exclusiva; el éxito que obtuvieron ambos cuerpos fue de conjunto, pero también independiente".

El segundo programa de esta breve temporada lo presentó el Ballet Nacional el 23 de marzo, con el siguiente repertorio: Surazo, coreografía de Patricio Bunster y música de Ginatera; El Eterno Triángulo, con coreografía de Birgit Cullberg y música de Rossini, y La Mesa Verde, con coreografía de Kurt Joos y música de F. A. Cohen.

Al referirse la crítica a este programa, dice:

"Epoca", 25 de marzo de 1963.

"Con este nuevo programa, el Ballet Nacional Chileno establece desde el escenario que en América pueden ser pocos los conjuntos de los que se desprenda una tan atractiva cuota de interés y de peso artístico.

"Surazo. Patricio Bunster ha buscado (y conseguido) otro sesgo para danzar un tema, en el que aparte de la línea argumental, subyacen estados anímicos más profundamente sensoriales... Con economía de recursos en la vertebración coreográfica y soslayando con inventiva la repetición de las voces de su vocabulario, que además se ciñen al discurso musical sin que la ilustración visual desmienta la verdad dramática que hace caminar la acción. Utiliza pasos y dibujos con tendencia a la simplicidad, atento a la circunstancia de que esos personajes —ante los hechos que viven— se manejan sin retorcimientos intelectuales. Y que hay en ellos una capacidad innata para no ocultar (ya que están huérfanos del falso barniz de la mala educación) la espontánea expresión de sus emociones... Pese a las complejidades que a sus planteos suministra, nunca borrona o recarga de inútiles adornos las líneas de su vibrátil diagramado arquitectónico. Todo está en su sitio, de manera nitida y como recién inventado... Un elenco con coherencia, aplomo, musicalidad y arrojo para traducir la coreografía, realza la textura balletística de Surazo. Dar nombres sería injusto, ya que la disciplina y rendimiento de equipo es ejemplar... Pese a las bondades, esta labor de Bunster no deja un saldo redondo, cabal. Ciertas zonas de desinterés le retacean la calificación de "hecho consumado".

"La Mesa Verde es ya un clásico del ex-

presionismo en ballet. Así como desde otras coordinadas lo son "Giselle", "Lago de los Cisnes", "Silfides" o "La pavana del moro", de José Limón... Nuevamente, los chilenos demuestran la valía de su equipo, aunque Max Zomosa modela su Muerte en forma —por momentos— alucinante.

"Eterno Triángulo. Otra humorada sueca recreada en el ¡mejor? tenor con que Walt Disney importaba sus sinfonías ton-tas".

"El Día", 24 de marzo de 1963.

"Dentro de las más depuradas técnicas y de las exigencias estilísticas que imponen las escuelas o tendencias distintas, el Ballet Nacional Chileno logró conciliar, en las funciones de ayer y en un mismo nivel de disciplina, de elevación y de arte, la fuerza expresiva y el colorido autóctono de Surazo, el modernismo rítmico y plástico de Eterno Triángulo y la difícil escuela expresionista alemana de La Mesa Verde.

"El Eterno Triángulo puede considerarse una obra original, tanto por su tema como por su brillante colorido, donde el planteo del amor infidente está encarnado en tres plumíferos, que con suma gracia y verdadero enfoque satírico, hicieron las delicias del público".

El Ballet Nacional Chileno se despidió con dos funciones del Ballet Oratorio de Karl Orff, "Carmina Burana", con coreografía de Uthoff, escenografía y vestuario de Thomas Roessner, y dirección general de Víctor Tevah, quien dirigió la Orquesta Sinfónica y el Coro del sodre, con la actuación solista de la soprano Myrtha Garbarino; el barítono Norberto Carmona y el tenor Juan Carlos Taborda.

El público ya conocía la obra que con rotundo éxito fue estrenada en Montevideo, en 1958. El éxito del estreno volvió a repetirse una vez más.